



Dos veces se había puesto á beber á porfia con un hombre que ya lo tenía por vicio. Esta intemperancia le había hecho ya cometer más de una acción indigna. En una orgia fué donde, á la proposición de una cortesana de Atenas, puso fuego al palacio de Persépolis. En una orgia fué también donde dió muerte á su amigo Clito. Privado por el vino, y más aún por las adulaciones de algunos de sus cortesanos, renegaba de su padre Filipo, á fin de pasar por el hijo de Júpiter-Ammon. Los ancianos de Macedonia estaban indignados; Clito se levanta, y haciendo grandes elogios de Filipo, censura con fina sátira la conducta de Alejandro. Este pide auxilio á sus guardias á los gritos de traición; pero sus guardias, que le vieron privado por el vino, no quieren moverse de sus puestos. Los asistentes se contentan con mandar salir á Clito de la sala; pero Clito entra silencioso por otra puerta, y prorrumpe en las mismas invectivas contra Alejandro, quien, echando mano á la lanza, le atravesó de parte á parte. Apenas hubo cometido este asesinato, cuando se entrega á la desesperación, queriendo matarse á sí mismo, y por espacio de tres días no quiere comer ni beber.

En esto, según se ve, fué más bien desgraciado que culpable. Lo que había hecho en los arrebatos de cólera y embriaguez, estaba lejos de servirle de excusa. El filósofo Anaxarco, viéndole inconsolable por lo que acababa de sucederle, se echó á reír, diciéndole que así como se atribuye á Júpiter la justicia para dar á entender que todo lo que hace lo hace con justicia, así debe ser con un gran rey, al que todos los hombres deben creerle justo (1). El mismo filósofo fué el que indujo á Alejandro á que se hiciera adorar. Entre los orientales la adoración podía ser también una simple ceremonia civil. Abraham adoró al pueblo de Hebron, cuando compró allí un sepulcro (2); Jacob adoró siete veces á su hermano Esaú, cuando se reconciliaron. En este sentido también se adoraba á los reyes de Israel y á los de Persia, sin que jamás ninguno de ellos se hiciera pasar por un dios. Alejandro podía exigir esta ceremonia en Oriente, aunque los griegos, y por regla general todos los occidentales, las reservaron para sus ceremonias únicamente. También Alejandro valía más que un dios griego; excedió en sus expediciones á Baco y á Hércules, y sobre todo, valía más que los dioses de Egipto, más que el buey de Menfis, al que él mismo había adorado, más que el macho de cabrío de Meudes, más que el perro de Cínópolis, y más que los gatos de Bubaste. Los que adoraban á tales divinidades, no podían rehusar la adoración de Alejandro. El filósofo Anaxarco era lógico en lo que había dicho á Alejandro.

Alejandro no merecía, en verdad, más que los honores divinos de estas divinidades, como estas divinidades más que Alejandro. Estando en Egipto, experimentó lo que le había dicho el filósofo Psamman, á saber: que Dios es el

(1) Arriano, lib. 3, cap. 9.
(2) Génesis, 2, 3.

rey de todos los hombres, en cuanto á que el que domina en todas las cosas es divino; pero, añade Plutarco, él razonaba sobre esto con más acierto todavía, porque él decía que Dios es el padre común de todos los hombres, pero que adopta especialmente á los hombres de bien (1).

A este Dios, á este rey y padre de todos los hombres es á quien él debía ante todo haber conocido y adorado dignamente. Y Alejandro, y sus filósofos, y su ejército, habían tenido ocasión propicia para realizarlo.

Durante los largos sitios de Tiro y de Gaza, habían hecho expediciones y acampado en pueblos que conocían y adoraban al verdadero Dios con exclusión de otro; pueblos que en sus libros sagrados poseían con la santa ley de este Dios Supremo su providencia sobre el género humano, la historia del pasado, del presente y del porvenir, y en particular la historia de Alejandro y de su monarquía. Veremos cómo Alejandro tuvo en realidad conocimiento de todo esto, y que podría haberle servido á él y á los suyos de semilla de eterna salud. Pero su desgracia consistió en ser demasiado feliz en este mundo.

Desde la edad de veinte á treinta y dos años fué de victoria en victoria, de conquista en conquista superando en gloria hasta los mismos héroes de la fábula, llenó de admiración y humilló con sus armas á casi todo el universo conocido entonces. Cuando esto se considera, y que hasta los sábios de la Grecia justificaban sus faltas, lo que admira es, si se tiene en cuenta su edad, que no se hiciera peor que lo que fué; se concibe que á su muerte fuera llorado de todos los pueblos, y en particular de aquellos que había vencido. Contento con su gloria, él hacia á todos justicia. A su regreso de la India castigó con la última pena á varios sátrapas que habían abusado de su poder. Pero entre todos, nadie le lloró con lágrimas de mayor ternura y de desconsuelo que la madre de Darío. Sisigambis había soportado la mantanza de sus ochenta hermanos y de su padre por Oco; había soportado su propio cautiverio; soportó los dolorosos reveses de su hijo y su muerte cruel; pero á la muerte de Alejandro se cubre con un velo fúnebre y se deja morir de hambre y de dolor.

Según un cálculo que explica y concilia maravillosamente bien los diversos testimonios de los antiguos, Alejandro vivió once mil seiscientos veintinueve días, treinta y dos años lunares ó macedónicos, nueve meses y seis días; treinta y un años solares ó julianos, diez meses y seis días; de donde ha resultado que unos le han dado un número redondo, treinta años de vida, otros treinta y dos y algunos treinta y tres. Murió, siguiendo el mismo cálculo, el 28 del mes macedónico Dosisus, el 6 del mes ateniense Targelion, el cuarto año de la Olimpiada 113, el 19 del mes egipcio Famenot, el 404 de Nabonasar y el 30 de Mayo del 323 antes de la Era cristiana.

Después de la muerte de Alejandro, su vasto imperio se dividió en cuatro reinos prin-

(1) Génesis, 33.



cipales: la Siria, el Egipto, la Grecia y la Tracia.

En cuanto á la manera cómo se llevó á cabo, los historiadores profanos nos enseñan que los orígenes ofrecen mucha incertidumbre. Hé aquí cómo podrían conciliarse quizás los diversos testimonios. El autor sagrado del primer libro de los Macabeos, dice expresamente que Alejandro, habiendo caído enfermo y conociendo que iba á morir, llamó á sus nobles compañeros que habían sido alimentados con él desde su juventud y les dividió el reino estando aún en vida, y sus compañeros tomaron posesión de su reino después de su muerte (1).

Hay en esto dos hechos distintos: Alejandro, aún en vida, divide su imperio entre los grandes de su corte; después de su muerte los grandes toman el título de reyes.

En cuanto al primero, Quinto Curcio nos enseña que autores más antiguos que él aseguraban efectivamente que Alejandro había hecho por testamento esta división de sus provincias (2). Y á la verdad, Diodoro de Sicilia, más antiguo que Quinto Curcio, refiere como cosa fuera de duda que este testamento fué depositado entre los rodios (3). Amiano Marcelino habla de él en el mismo sentido (4). ¿Se sigue de aquí que este testamento se llevara á efecto religiosamente? De ninguna manera.

Como Alejandro no dejaba para sucederle por derecho de nacimiento más que un hermano imbecil, Arideo, hijo de Filipo y de una bailarina, y un hijo que aun no había venido al mundo, los grandes modificaron su última voluntad según lo creyeron más conveniente. Arideo fué reconocido rey; Rojana, hija de un sátrapa persa y mujer de Alejandro, habiendo dado á luz un hijo, á quien dió el nombre de su padre, este dividió el reino nominal con Arideo; pero el poder real estaba en manos de los grandes, cada uno en su provincia. Rojana, temiendo que Estatira, hija de Darío y mujer también de Alejandro, diera á luz algún heredero, la hizo degollar, y lo mismo hizo con su hermana. Después de haber reinado en el nombre por espacio de siete años, Arideo fué condenado á muerte con su mujer Euridice por Olimpias, madre de Alejandro. Olimpias á su vez y Rojana con el joven Alejandro, después de doce años de reinado tutelar, y Barsina, viuda también de Alejandro con su hijo Hércules, fueron todos condenados á muerte por el nuevo rey de Macedonia. Alejandro había reinado doce años; á los doce después de su muerte toda su familia había desaparecido. Entonces fué cuando sus gobernadores de provincias tomaron manifiestamente el título de reyes. Ya antes hacían entre sí la guerra y la paz, como que no tenían otros señores á quienes atender. Desde el año que siguió á la muerte de Alejandro, Perdicas, al que había mandado al morir su anillo y que fué nombrado regente de todo el reino bajo el rey Arideo, pereció en una

(1) Macab., I, 6, 10.
(2) Q. C., I, X, c. X.
(3) Diod., I, XX, n. 81.
(4) Am., I, XXIII, c. VI.

batalla contra Ptolomeo, gobernador del Egipto. Antígono y su hijo Demetrio Poliorcetes, sucumbieron también más tarde. No hubo al final más que cuatro que se conservaron en el trono y cuya autoridad real fué perpetuándose: Antípater, en Macedonia; Lisimaco, en Tracia y después en Pérgamo; Ptolomeo, en Egipto; Seleuco, en el Asia ó Siria.

Daniel había dicho: «Se levantará un rey fuerte y dominará con su gran poder y hará cuanto le agrada. Y cuando más ensalzado estuviese será destruido su imperio y dividido por los cuatro vientos; pero no entre sus descendientes ni según el poder con que él dominara; su imperio será destrozado en otros más que en sus descendientes (1).»

En efecto, además de los cuatro reinos de que tomaron posesión los lugar-tenientes de Alejandro y sus sucesores, se formó también con los restos de su imperio el reino de Bitinia, que su último monarca Nicomedes III dejó al pueblo romano el año 75 antes de Jesucristo; el reino de Capadocia cayó en poder de los romanos el 42; el reino del Ponto fué invadido por los mismos á la muerte de su más famoso monarca Mitridates VI en el año 64. Los cuatro reinos griegos de Macedonia, de la Tracia ó de Pérgamo, de Egipto y de Siria, por su unidad de origen, de lenguaje y de ideas, no formaban hasta cierto punto más que un solo imperio con el de Alejandro (2).

«Esta es la tercera bestia simbólica de que habla Daniel. La primera era como una leona, con alas de águila, el imperio asirio; la segunda, parecida á un oso, el imperio de los persas. Después de esto miraba y vi á otra como un leopardo, que tenía sobre el lomo cuatro alas como las de un pájaro: esta bestia tenía cuatro cabezas y la fué concedida un gran poder (3). Las cuatro cabezas designan los cuatro reyes; las alas de pájaro, la prontitud y ligereza; la piel llena de manchas de leopardo, la variedad de su carácter nacional; sin embargo, es una misma la bestia, una misma la dominación, la dominación griega. Pero todo llegará á ser presa de la cuarta; veremos la Macedonia provincia romana, en 147; el reino de la Tracia ó de Pérgamo, en 126; la Siria, en 63, y el Egipto en 29.

La Palestina con el pueblo de Dios y su templo, estaba situada entre el reino de Egipto y el reino de Siria, dependientes uno de otro. También Daniel había predicho la historia de estos reinos con más pormenores, y los historiadores profanos nos la hacen conocer con más exactitud.

El primer rey macedónico del Egipto fué Ptolomeo, hijo de Lago, del cual sus sucesores tomaron el nombre de Lápidas. El nombre de Ptolomeo, que se hizo común á todos los reyes del Egipto, significa en griego casi igual que Darío y Jerjes en persa, *guerrero, marcial*. Ptolomeo fué uno de los mejores generales de Alejandro y capitán de sus guardias. A la

(1) Daniel, 11, 3 y 4.
(2) *Quatuor reges de gente ejus consurgent*. Daniel, 8, 22.
(3) Daniel, 6, 7.



el Egipto y le gobernó por espacio de treinta y nueve años. En su cánón astronómico, Ptolomeo el geógrafo no le da más que veinte años de reinado, y distribuye los otros diez y nueve restantes entre Arideo y Alejandro II; pero téngase en cuenta que hasta despues del décimonono año de su gobierno, no tomó el hijo de Lago con toda solemnidad el título de rey, acuñando moneda con su nombre y con su busto. El geógrafo astrónomo coloca en seguida á sus sucesores con la duracion de sus reinados, en el órden siguiente: Ptolomeo Filadelfo, treinta y ocho años; Ptolomeo-Evergetes, veinticinco; Ptolomeo Filopator, diez y siete; Ptolomeo Epifanes, veinticuatro; Ptolomeo Filometor, treinta y cinco; Ptolomeo Evergetes II, veintinueve; Ptolomeo Soter, treinta y seis; Dionisio, veintinueve; Cleopatra, veintidos. Lo que dá á contar desde la muerte de Alejandro, una suma de doscientos noventa y cuatro. Despues quedó el Egipto reducido á provincia romana por Augusto, el año 29 antes de la Era vulgar.

El astrónomo Ptolomeo, habiendo consignado los reinados de estos reyes, no para hacer de ellos una historia, sino para tener épocas á que referir las observaciones astronómicas, descuida los meses y los dias, y no cuenta más que por años completos. Por esto da al rey precedente todo el año en que murió, y no atribuye al siguiente sino el año posterior. Por la misma razon no menciona más que diez reyes, cuyos reinados comprenden toda la era macedónica, y constituyen como una sucesion legítima. Pero además de estos diez, hay otros cinco ó seis que reinaron, concurriendo con los primeros y algunas veces entre dos. Así Evergetes II, á quien el cánón astronómico no atribuye más que veintinueve años de reinado, habia reinado antes cuatro, durante la ausencia de su predecesor y de su hermano Filometor, dos con él y diez y ocho á su lado, en la Libia y en la Cirenaica. El mismo cánón atribuye á Soter, hijo de Evergetes II, treinta y seis años de reinado continuo; pero despues de los once primeros años fué depuesto por su madre Cleopatra, y reemplazado por espacio de diez y ocho años por su hermano segundo, Ptolomeo Alejandro, despues de cuya muerte volvió á reinar otros ocho años. A Soter, segun el cánón, sucede inmediatamente su hijo ilegítimo Ptolomeo, Dionisio ó Baco, llamado tambien Ptolomeo-Auletes, y le atribuye veintinueve años de reinado; pero en los ocho primeros reinó Ptolomeo-Alejandro II, hijo de Ptolomeo-Alejandro I, que subió al trono casándose y dando despues muerte á Berenice, hija única y legítima de Soter.

Finalmente, en los veintidos de la última Cleopatra, el cánón no habla de sus dos hermanos Ptolomeos, con quienes casó é hizo dar muerte uno despues de otro, para reinar ella sola. Segun esto, si se adicionaran los reinados de que no habla el cánón, y se les uniera con aquellos de que se ocupa, se daría sesenta años más á la dinastía macedónica de Egipto. Pero esto no es todo.

Además del nombre comun de Ptolomeo,

cada rey tenia otro sobrenombre, y algunas veces dos. De aquí que un historiador hable refiriéndose á uno, y otros al segundo. Si, pues, se quisiera bajo estos diferentes nombres entender distintas personas, quedaria aumentado notablemente el número de los reyes y la duracion de toda la dinastía. Estas, pues, son las causas que tanto han embrollado los anales de los antiguos faraones.

Entre los sobrenombres que llevan los Ptolomeos de Egipto, hay unos que tomaron ellos mismos, y otros que les fueron dados por el pueblo.

Así el primer Ptolomeo lleva algunas veces el de *Soter* ó salvador, porque salvó á los rodios de una irrupcion de sus enemigos. Su hijo adoptivo, como por antífrasis, el de *Filadelfo* ó amante de sus hermanos, porque habia hecho dar muerte á dos. Su sucesor el de *Evergetes* ó bienhechor, porque llevó al Egipto los ídolos que Cambises habia arrancado de aquel lugar. El sucesor de éste el de *Filopator* ó amante de su padre, porque se le habia atribuido el haberle envenenado, y el de *Trifon* ó disoluto, por ser así su vida.

El quinto el de *Epifanes*, ó ilustre, á causa de la gloria de sus antepasados. El sexto, por antífrasis, el de *Filometor* ó amante de su madre, porque la aborrecia de muerte. El sétimo, por antífrasis, el de *Evergetes* ó bienhechor, por apodo el de *Kakergetes* ó malhechor, y de *Fiscon* ó barrigudo. El octavo tomó el sobrenombre de *Soter*, y recibió el de *Latiro* ó de garbanzo, á causa de una excrecencia que tenia en la nariz. El último tomó el nombre de *Dionisio* ó Baco, y recibió el de *Auleto* ó tocador de flauta, porque en esto consistia su principal talento y su más seria ocupacion.

El reino de Siria ó de Asia presenta tambien alguna analogía. Seleuco, uno de los más valientes generales de Alejandro, habia sido nombrado gobernador de Babilonia y de los países limítrofes. Fué depuesto por Antígono y su hijo Demetrio; pero volvió á ocupar su puesto en el otoño del año 312 antes de Jesucristo; y este es el principio de la era de Seleucidas, de la que todavía se sirven hoy los cristianos de Oriente. En el otoño del año siguiente (311), en que el hijo de Alejandro y de Roxana, último heredero natural del conquistador, fué condenado á muerte, los gobernadores que sobrevivian tomaron en general el título de reyes; y este es el principio de la era del imperio de los griegos, segun la llama tambien el primer libro de los Macabeos (1). El autor de este primer libro y tambien el del segundo, se sirven igualmente de esta era; pero con esta diferencia, que el primero cuenta por los años eclesiásticos de los judíos, que comenzaban en la primavera, y el otro por sus años civiles, que comenzaban en el otoño. Esto explica por qué los sucesos acaecidos desde la primavera al otoño, se refieren á un año diferente en los dos libros.

Seleuco reconquistó en poco tiempo toda el Asia; sus resultados le merecieron el sobrenom-

(1) Macab., 1, v. 10 y 11.



bre de Nicator ó vencedor. Para asegurar sus posesiones en la India hizo alianza con el rey de este país Sandrocoto, y se casó con su hija. Con un carácter generoso y bueno, gobernaba como un padre, amaba las ciencias y las artes, envió á los atenienses los monumentos que Jerjes les habia quitado, y fundó un gran número de ciudades que pobló con colonias griegas, para comunicar su industria á los habitantes afeminados del Asia. A siete de estas ciudades, así fundadas ó restablecidas, las dió el nombre de su madre Laodicea, á tres el de su primera mujer Apamea. A diez y seis dió el nombre de Antioquia, en honor de Antiocho, su padre; la más famosa era Antioquia, sobre el Orónto, que fué la capital de sus estados, y donde más tarde los discípulos de Cristo fueron llamados, por primera vez, cristianos. Dió tambien á otras nueve su propio nombre Seleucia; la más considerable era Seleucia, sobre el Tigris, no lejos de Babilonia, la cual desde entonces á causa de su proximidad fué siempre decayendo (1).

Veamos ahora el órden con que se sucedieron los reyes de Siria ó de Asia, despues de la muerte de Seleuco ó Nicator.

Antiocho I ó Soter, que habia ya reinado dos años con su padre, subió al trono el 279 antes de Jesucristo; Antiocho II ó Teos, el 262; Seleuco II ó Calínico, el 246; Seleuco III ó Cerauno, el 225; Antiocho III ó el Grande, el 222; Seleuco IV ó Filopator, el 186; Antiocho IV ó Epifanes, el 174; Antiocho V ó Eupator, el 164; Demetrio I Soter, el 161; Alejandro Bala, el 150; Demetrio II ó Nicator, el 146; Antiocho VI ó Baco, el 144; Diodoto Trifon, el 143; Antiocho VII ó Sideto, el 139; Demetrio II ó Nicator restablecido, el 130; Alejandro Zebina, el 126; Seleuco V, el 124; Antiocho VIII ó Gripto, el 124; Antiocho IX ó de Cizica, el 112; Seleuco VI, el 96; Filipo I y Demetrio III, el 94; Antiocho X, el 93; Antiocho XI, el 93; Tigranes, rey de Armenia, el 83; Antiocho XIII ó Asiático, el 69; el cual habiendo sido destronado por Pompeyo el año 63, fué reducida la Siria á provincia romana despues de haber subsistido como reino cerca de dos siglos y medio.

La dinastía de Ptolomeo ocupó el trono del Egipto doscientos noventa y cuatro años; la dinastía de Seleuco sobre el trono de Siria, doscientos cuarenta y nueve; es decir, cuarenta y cinco años menos. Sin embargo, la Siria vió veintisiete reyes, mientras que el Egipto no tiene más que diez en el cánón astronómico; lo que hace que Siria tuviera dos veces más monarcas en un tiempo menos considerable. Si, pues, ahora se dividen los doscientos cuarenta y nueve años por diez, se tendrá por una parte nueve años y algo más de un mes para cada reinado de los Seleucidas, y más de veintinueve años para cada reinado de los Lagidas.

Verdad es que en la lista de los reyes egipcios conservada por el astrónomo Ptolomeo es necesario añadir un reinado intermedio con dos usurpaciones que interrumpieron reinados le-

gítimos; pero siempre habrá una diferencia notable, siempre se contarán veintisiete reyes en un tiempo ménos largo contra trece en un tiempo más largo; no quedarán más que nueve años para cada reinado de Siria, mientras que quedan cerca de veintitres años para cada reinado de Egipto. La causa de todo esto la encontramos en las revoluciones y en los asesinatos que ensangrentaron frecuentemente el trono de Seleuco.

Así el mismo Seleuco, el fundador de la dinastía, fué inmolado por uno de sus protegidos en medio de un sacrificio; Antiocho I, muerto por un gallo; Antiocho II, por sobrenombre Theos ó el Dios, envenenado por su mujer Laodicea; Seleuco III, ó Cerauno, lo fué por uno de sus oficiales; Antiocho III, ó el Grande, asesinado por sus súbditos de Elimais, cuyo templo queria saquear; Seleuco IV, envenenado por su ministro Heliodoro; Antiocho IV, castigado por mano de Dios; Antiocho V, condenado á muerte por su sucesor Demetrio I, que pereció él mismo en una batalla; Alejandro Bala, á puñaladas; Demetrio II, asesinado por órden de su mujer Cleopatra; Seleuco V, asesinado por órden de la misma Cleopatra, su madre; Antiocho VI, muerto por Diodoto Trifon, que lo fué por Antiocho VII, y éste por sus súbditos de Elimais; Alejandro Zebina, muerto por Antiocho VIII, que lo fué por uno de sus favoritos; Seleuco VI, abrasado vivo por los habitantes de Mopsuesta (altar de Mopsus), hoy Mesis; Antiocho IX, suicidado en una batalla que perdió; Filipo, asesinado; Demetrio III, muerto prisionero de guerra; Antiocho X, muerto fugitivo y en el destierro; Antiocho XI, ahogado en el Orónto; Antiocho XII, muerto en una batalla; Tigranes, destronado de la Siria por el romano Lúculo, y Antiocho XIII por Pompeyo.

Finalmente, en el espacio de dos siglos y medio, de veintisiete reyes sólo se hallan dos que murieran de muerte natural y sobre el trono. Cuando en la historia de la edad media vemos parecidas catástrofes en las dinastías de los godos, francos, lombardos y sajones, lo atribuimos todo á la barbarie; sin embargo, estos bárbaros, bajo este punto de vista, eran menos bárbaros que los griegos tan civilizados del Egipto y de la Siria.

Los seleucidas gustaban más de los pomposos títulos que los lagidas. Entre sus títulos hay pocos que fueran merecidos; á no ser por antífrasis. Así, Seleuco II fué llamado irónicamente Calínico, ó buen vencedor, por las desgracias de su reinado, en virtud de las cuales murió prisionero de los partos. Su hijo, Seleuco III, recibió el sobrenombre de Cerauno, ó rayo, porque era de un carácter débil, tímido y poco resuelto. Antiocho IV llevaba el título de Epifanes, ó ilustre, pero el pueblo le daba el de Epimones, ó loco, que era el que merecía por sus extravagancias. Demetrio II no supo, ni sostenerse en el trono por el amor de su pueblo, ni defender su corona contra los usurpadores que quisieron apoderarse de ella; fué vencido en la guerra, hecho prisionero, arrojado por sus súbditos, y muerto por órden de su mujer; y sin embargo, se atribuye el título de Theos Nicator, es decir, Dios vencedor. Antio-

(1) Appian. in Syr.



co VI, que nunca fué más que un niño y que no tuvo en los dos años de su reinado más que el vano nombre de rey, lleva, sin embargo, los títulos soberbios de Dios, de Baco y de Epifanes. Por último, Demetrio III, que no poseía más que una mitad de la Siria y que murió prisionero entre los partos, lleva, sin embargo,

en sus medallas los magníficos nombres del Afortunado, de Dios, de Salvador, de Gran vencedor y de Bienhechor. Cuanto más incapaces y de ninguna importancia y mérito eran estos reyes, más y más grandes títulos se atribuían.

II

Beneficios de la dominacion griega en Africa y en Asia.—Alejandro en Jerusalem.—Los judios en el mundo griego.—La version de los Setenta y su aniversario.—Ptolomeo Filopator.—Sus guerras, su sacrilegio y su castigo.—Su furor contra los judios.—Ptolomeo Epifanes.—Proteccion que concede á los judios.—Sus derrotas y su muerte.—Seleuco Filopator.—Aristóbulo.—Templo del verdadero Dios en Egipto.

Uno de los beneficios que produjo la dominacion griega en Egipto y en Asia fué el naturalizar allí la lengua, las ciencias y las artes de los griegos. El Africa, el Asia y la Europa, comenzaron por hablar una lengua comun. La comunicacion y comparacion de las ideas y doctrinas se hacian más fáciles, así como tambien se facilitaban las relaciones de comercio. El Oriente y el Occidente se estaban preparando para no constituir más que uno. Los reyes del Egipto, sobre todo, secundaron esta tendencia de los sucesos á una especie de comunidad universal. Alejandria, su capital, era el centro del comercio del Asia y de Europa; allí afluan de todas las partes del mundo. Los primeros Ptolomeos establecieron allí una biblioteca, que pronto fué la más famosa del universo; allí reunieron, en fuerza de cuantiosos gastos, las obras de todas las literaturas conocidas. Hicieron más todavía: consagraron una parte de su palacio á lo que llamaron Museo, para que sirviera de habitacion á un cierto número de hombres letrados, sábios y filósofos que no tenían otra ocupacion que entregarse de lleno al estudio de las ciencias, dando lecciones á aquellos que se llegaban á oírles.

Este Museo real tenia sus rentas particulares para la conservacion del edificio y de las personas que le habitaban. El hombre que parece haber inspirado á los reyes de Egipto la idea de una tan magnífica institucion fué un célebre ateniense, Demetrio Falereo. Filósofo, orador, hombre de Estado y discípulo de Teofrasto, que alcanzó por su elocuencia y sabiduría de sus costumbres tan grande fama en Atenas, que fué elegido arconte decenal el año 317 antes de Jesucristo. Empleó sus muchos bienes en el embellecimiento de la ciudad. Los atenienses, encantados de su munificencia, levantaron en su honor trescientas sesenta estatuas de bronce.

Hacia diez años que estaba al frente de los negocios públicos, cuando sus enemigos promovieron contra él una rebelion, le hicieron condenar á muerte y derribaron todas sus estatuas. Pudo escapar y refugiarse en Egipto, donde fué muy bien recibido por Ptolomeo Lago, acogiéndole bajo el amparo de la más íntima confianza. Demetrio enriqueció con doscientos mil volúmenes y manuscritos la biblioteca de Alejandria, y él fué considerado como el primer bibliotecario.

Entre los sábios y literatos que dió el museo alejandrino son los más célebres: del tercer siglo antes de Jesucristo, el matemático Euclides, cuyos elementos de geometría aún se conservan; el poeta Teócrito, del que tambien se conservan los idilios; el poeta Arato, que describió en verso los fenómenos del cielo, y de quien San Pablo cita un pasaje en su discurso del Areópago de Atenas; el poeta Calímaco, y Zoilo, gran crítico de Homero: del segundo siglo, Eratóstenes, á la vez gramático, filósofo, poeta y matemático; Hiparco, el astrónomo más célebre de la antigüedad, el primero que despues de Tales calculó con precision los eclipses; Aristarco, crítico de Homero, de Píndaro y de Arato: del primer siglo, el filósofo Aristóbulo, el geógrafo Estrabon y el astrónomo Sosígenes, que ayudó á Julio César en la reforma del calendario: de los dos siglos siguientes, el filósofo Filon, el historiador Apiano, el astrónomo y geógrafo Ptolomeo, el matemático Diofanto, inventor del álgebra, y el gramático Ateneo. El ejemplo de los reyes del Egipto excitó la emulacion de los reyes de Pérgamo. Atalo I estableció en Pérgamo una biblioteca tambien famosa y un museo. Los Ptolomeos tuvieron envidia.

Como el *papyrus* ó papel vegetal, sobre el cual trascribian los libros, no crecía más que en el limo del Nilo, prohibieron su exportacion. Pero Eumeno, rey de Pérgamo, descubrió el medio de fabricar el papel de piel, conocido despues con el nombre de papel de Pérgamo ó pergamino.

Sin embargo, la filosofía griega se gastaba más que nunca en vanas sutilezas. Un filósofo del museo alejandrino, llamado Diodoro, murió de pesar porque no supo contestar en seguida á los sofismas de otro filósofo llamado Estilpon. La sabiduría humana iba á espirar en el vacío, cuando la sabiduría divina dió paso hasta ella de algunos de sus rayos. En el museo mismo de Alejandria, la filosofía de los griegos hizo alianza con la filosofía de los hebreos. Había más de cincuenta mil judios establecidos en aquella ciudad con título de ciudadanía. Los más célebres filósofos de su escuela fueron dos judios, Aristóbulo y Filon. Sin ir á Egipto, el filósofo Teofrasto, contemporáneo de Alejandro, discípulo, como él, de Aristóteles, y además sucesor suyo, tenía formada de los judios una idea muy elevada. De ellos decía que